

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CARTA DESDE HARVARD

POESÍA EN ESPAÑOL

Me explicó Marisol Loaeza, en un paseo de mi casa a Harvard Square, que no está lejos, Guita se va caminando todas las mañanas, que se ha dicho que la sociedad estadounidense es la sociedad del miedo. Y quien lo haya observado logró una buena cifra de esta sociedad. No hay gente más aprehensiva, su captación del posible daño futuro es muy fina en todos los aspectos de la existencia. Este es el único lugar donde antes de que comience la función en los cines y teatros se pide al público que localice y se grabe bien dónde están las salidas de emergencia, no vaya a ser que se desate un incendio o alguna otra catástrofe, y la gente no sepa qué hacer. He ahí en acción la imaginación de la catástrofe, que tan bien opera en las consejas médicas de una sociedad obsesionada con la salud: haz ejercicio, todo mundo a correr, no comas eso, acuérdate del colesterol...

Esta prevención colectiva y constante de la desgracia es la que hizo ganar a Bush la reelección pese a la aberrante guerra de Iraq, porque el estadounidense conoció en el ataque a las Torres Gemelas la más angustiada de las sorpresas: la catástrofe que no había podido prever, y su aprehensión neurótica del terrorismo subió en espiral.

El otro día, después de nadar, por prescripción médica, me dirigí a un establecimiento al que le dicen la Joyería; se trata en realidad de la librería Schoenhof's, de libros en idiomas extranjeros, de Harvard, bien surtida de libros en español, francés, alemán, ruso, qué sé yo, en los muchos idiomas que se hablan en la universidad, pero tan caros que por eso le dicen la Joyería. Estuve viendo un rato los libros en español; bien, mucha generación del 98, hasta algunos volúmenes, pocos, que no había leído. Y ahí estaba cuando localicé a un autor por completo desconocido para mí que escribía un libro de recuerdos de tres escritores, Espina, Unamuno, Valle-Inclán. Abrí el libro al azar y leí: "a propósito de este biógrafo, Ramón Gómez de la Serna, me escribe Espina desde París el 3 de septiembre de 46, lo siguiente: 'y a propósito de ese miserable: creo que Gómez de la Serna es en falangista repugnante. Los nuestros me escriben indignados por las marranadas de Ramón. Parece que capitanea o casi la pandilla intelectualoide franquista de Buenos Aires.'"

El párrafo leído me causó no sé qué alegría, una alegría recatada, modesta, pero dichosa al fin, el calor de algo familiar ausente y ahora recobrado. Era, claro, el castellano, pero no sólo el idioma sino el apasionamiento español... Y advertí que llevaba tres meses sin leer nada en español, que no fuera lo que yo mismo escribo o lo que preciso para las

clases. Y nada que no fuera mesurado, razonable, académico, tan lejano de la vociferación española, que me sonó de maravilla. Sí, qué delicioso, como tomar un capuchino después de caminar en una nevada. Pobre Nabokov, con razón se quejaba tanto de su pérdida del ruso; si yo con tan poquito tiempo estaba tan añorante, cómo estaría él después de tantos años. También recordé a Ludwik Margules, que ya muy viejo me dijo, un día que le hablé por teléfono para ver cómo estaba, "se murió... [y aquí un nombre que no conservé], y ya no tengo con quién hablar polaco", y estaba tristísimo.

Y sí, Gómez de la Serna se portó muy mal de viejo y fue abyecto con Franco, pero ya estaba tan viejo, derrumbado y deprimido que no era más Gómez de la Serna. El autor del libro se llama Santos Martínez Saura. No necesito ni decir que tuve que adquirir el volumen.

Pasó por Harvard el notable poeta venezolano Rafael Cadenas, leyó poemas y conquistó a todo mundo con su sencillez. Hubo también conversación con el escritor. Como cabe esperar de un poeta, se expresa con expresivo refinamiento. Por ejemplo, en algún momento se quejó de la publicidad y los comunicadores diciendo: "Las palabras sufren en esta época su mayor penuria." Esta frase, así dicha, sólo puede construirse una persona acostumbrada a la interminable tarea de buscar las mejores voces y a

acomodarlas en el mejor orden posible, es decir, un poeta. Puso como ejemplo el uso incasable del vocablo *tema*: “¿No pueden decir cualquier sinónimo?, digamos, *asunto*; *asunto* es buena palabra”, y citó: “Voy de mi corazón a mis asuntos”, verso de Miguel Hernández. También citó luminosas palabras de Vallejo: “Días en que está el corazón como el sol sobre el pan.” Y en algún momento acuñó un juicio literario y a la vez político: “Doña Bárbara está en el poder, es Chávez.” Como Eliot, Yeats o, para no ir más lejos, Shakespeare, ha tratado de prescindir del yo en sus poemas. Como él es poeta lo dice así en un poema: “Busco un claro para ver sin mí.” —

— HUGO HIRIART

IN MEMORIAM

EULALIO FERRER RODRÍGUEZ (1920-2009)

Conocí a don Eulalio Ferrer a principios de los años setenta. Él tendría unos cincuenta y estaba en la fuerza de sus mejores años. Me recibió en el *penthouse* del edificio que levantó para Publicidad Ferrer, en la esquina de Insurgentes y Miguel Ángel de Quevedo. Fui a visitarlo, recomendado por el historiador y enciclopedista José Rogelio Álvarez, quien le había comprado a Gutierre Tibón los derechos para continuar la *Enciclopedia de México*, a la que le impondría su sello antes de venderla a la *Enciclopedia Británica*.

Había nacido en la ciudad de Santander, España, en 1920, hijo de un tipógrafo, corrector de un diario regional y militante socialista—Eulalio Ferrer Andrés, casado con Estrella Rodríguez. A los diecinueve años fue nombrado capitán del ejército de la República como reconocimiento a su trabajo de animador en las juventudes socialistas de Santander. Estos antecedentes le valieron ser recluido en Argelès-sur-Mer, no muy lejos de Perpiñán, donde tuvo una experiencia que sería decisiva

para el desarrollo de su vocación literaria y cultural. En su libro de memorias *Entre alambradas* (1987), ha contado cómo un soldado de tupida barba gritaba entre los prisioneros del campo: “Cambio tabaco por libro.” Se trataba de la edición del *Quijote* realizada por Saturnino Calleja en 1906.

Al llegar a México el 26 de julio de 1940, al término de la guerra civil española, Ferrer empieza a trabajar ese mismo año en la revista *Mercurio*, que más tarde dirigirá. Lustró después anima el suplemento del periódico *Claridades*; en 1946 funda la agencia publicitaria Anuncios Modernos, que más tarde se llamará Publicidad Ferrer y que durante varias décadas sería la agencia de este giro más importante de México, con oficinas en Nueva York y en otras ciudades. Desde el foro televisivo y publicitario, creó, impulsó y auspició proyectos como “Charlas mexicanas”, “México lindo”, “Diálogos de la lengua”, “Encuentro” y, en el orden editorial, *Cuadernos de Comunicación*.

Abierto y hospitalario, Eulalio Ferrer me abrió las puertas de su oficina y me invitó a colaborar con él. Tenía yo que hacer dictámenes, es decir, opiniones razonadas de algunos comerciales. Me pagaría bien. El trabajo era sencillo y había que hacerlo *in situ*. Antes de la proyección, aparecía un mesero de frac para ofrecerme una bebida. Una vez concluida la presentación, digamos, de un anuncio de Bancomer, yo tenía que pasar por escrito mi parecer. En realidad, don Eulalio era todo un caballero, y me supongo que aquel trabajo que a mí me apantalló—esa es la palabra—era un gesto dictado en parte por la cortesía hacia su amigo y en parte por la curiosidad hacia el hirsuto adolescente. Eso era todo. Las sesiones sucederían dos o tres veces. Luego don Eulalio me invitó a colaborar en lo que casi treinta años después sería su libro *El lenguaje de la inmortalidad*, centón misceláneo en torno a la retórica comercial y civil o de las pompas fúnebres. Me volvería a encontrar a don Eulalio veinte años después, en el Fondo de Cultura Económica, la editorial estatal mexicana donde se



Eulalio Ferrer, escritor y mecenas.

publicarían algunos de sus libros, como *El lenguaje de la publicidad*, *Los lenguajes del color* y *El lenguaje de la inmortalidad*, entre los que ahora recuerdo.

Por motivos de trabajo en la editorial, luego por razones amistosas y apenas ayer académicas, fui algunas veces a su casa en el Pedregal a conversar en su biblioteca: hablamos, desde luego, de la salud y suerte de la editorial, de mis proyectos y de los suyos, de las venturas, tunas y fortunas de México, de sus escritores, artistas y políticos. En una de las últimas ocasiones en que lo fui a visitar, me descubrió don Eulalio el sótano de su biblioteca: una serie de enormes salones donde se desplegaban y guardaban revistas, periódicos, suplementos encuadernados, álbumes fotográficos de cada una de sus épocas, estaciones en el tiempo y en el aire, proyectos y trabajos y una amplia cava de vinos y licores.

Eulalio Ferrer tenía en su biografía no poca tela que cortar. Había ganado en los años cincuenta y sesenta una o varias fortunas que le permitían tener casa en Santander, México y Acapulco, y quizás en París, Madrid y Nueva York. Dotó a la Universidad de Santander con un capital suficiente para instaurar el Premio Menéndez y Pelayo. Fue patrono del Premio Cervantes y de la Cátedra de la Generación de 1927 para El Colegio de México. Pero la joya de su corona era el Museo Iconográfico del *Quijote* en la

ciudad de Guanajuato, que cada año se reanimaba con el Festival Cervantino organizado y auspiciado por él, adonde venían a conjuntarse escritores y especialistas en el Quijote y en Cervantes de todo el mundo. Ingresó a la Academia el 11 de abril de 1991 y fue su tesorero de 2000 a 2004, lapso en que gracias a sus buenos oficios la Fundación Pro Academia Mexicana de la Lengua cedió a esta corporación el edificio que actualmente ocupa en comodato.

La lectura de la famosa novela de Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, fue definitiva en su vida, como ya se dijo. La leyó de joven, en un campo de concentración, luego de cambiar por una caja de cigarrillos el texto clásico. Don Eulalio dijo muchas veces, oralmente y por escrito, cuán importante fue para su formación esa lectura. A mi vista y a mi parecer, se quedó corto en la ponderación: el Quijote se imprimiría con tan incisiva profundidad en las fibras de su sensibilidad que en cierto modo todo lo que le vendría a suceder después quedaría matizado o teñido por esa solución legendaria, como un tornasol o catalizador. Pero, ojo, la de Eulalio Ferrer no sería la experiencia ingenua de un don Quijote o de su caricatura, sino que aspiraría a ser la inescrutable y misteriosa de Miguel de Cervantes, cuya aguzada y canina mirada era también la de este hombre que sabía moverse por el mundo a través de la reciedumbre y la fantasía de sus amigos innumerables, que iban desde Fernando Lázaro Carreter, José Hierro y Octavio Paz hasta el presidente en turno de nuestro país. Un hombre, don Eulalio Ferrer, que no ignoraba las conjugaciones de la gratitud y que quiso a su segunda tierra —México— con la pasión inteligente con que se reconoce y estima lo que devuelve el sentido. Pues Eulalio Ferrer no sólo tuvo la fortuna de hacer fortuna sino de recobrar el sentido al hacerla. Y esa es —según mi condolido sentir— la más poderosa enseñanza de este pudoroso maestro disfrazado de mecenas y escritor. —

— ADOLFO CASTAÑÓN



Hugo Chávez, vigilar y castigar.

CARTA DESDE CARACAS VIVIR DEL MIEDO

Ocurrió el pasado mes de febrero. En el sureste de Caracas, en un sector popular llamado La Matanza. Una versión afirma que una mujer dio la voz de alerta. Ahí está, dicen que dijo. ¡Ahí va el sádico!, dicen que gritó. Otro testigo asegura que el sospechoso estaba a punto de acosar a una niña que iba camino de la escuela. Todos los vecinos estaban pendientes. Ya habían presentado varias denuncias ante las autoridades. Lo único que sucedió fue que el número de niñas violadas siguió creciendo. ¡Es él!, gritó la mujer. Lo persiguieron. Lograron detenerlo en una avenida cercana. Lo cazaron. Y, entre varios vecinos, lo llevaron de nuevo hasta el barrio, hasta lo más profundo del barrio, hasta su nombre. En el camino, cada vez se sumaba más gente. Cada quien quería lo suyo. El crimen y la justicia se hicieron tan semejantes. La sangre fue una fiesta.

En las primeras páginas de *Vigilar y castigar*, Michel Foucault rescata la descripción de una “retractación pública” ordenada por la justicia francesa en 1757. El condenado, según reza en los textos legales de ese tiempo, tenía que ser castigado, mutilado y, después, su cuerpo debía ser “estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas y sus cenizas

arrojadas al viento”. Lo que pasó en el barrio La Matanza está más cerca de estas comillas que del siglo XXI.

Lo rodearon. Lo golpearon. Por turnos, con el orden que puede tener cualquier estallido. Le dieron con todo, con cualquier cosa. Puños, tablas, piedras, metales diversos. También hubo tiros. Unos dicen que antes. Otros dicen que durante. Otros que después. Ya poco importa. También le dispararon. Luego amarraron el cuerpo vencido a una motocicleta y lo pasearon arrastrado por las calles del barrio. De la misma manera, lo llevaron de regreso a la avenida. Ahí le prendieron fuego. Hubo niños que, con sus celulares, filmaron la fogata. Cada vez que llegaba un canal de televisión a grabar las imágenes para su noticiero, la comunidad volvía a encender el cadáver. Que nadie se quede sin primicia. El fuego siempre es inédito.

Según el Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), Venezuela es el país de mayor y más rápido crecimiento de violencia en la región. Según los datos que maneja, basados en informes oficiales, en los últimos diez años la tasa de homicidios ha subido a 48 por cada cien mil habitantes, cifra sólo superada en el continente por El Salvador. Nada más el año pasado hubo en Venezuela más de catorce mil homicidios. Se trata de una estadística que pone en jaque la prédica que siempre ha sostenido el gobierno sobre la relación directa entre pobreza y delincuencia. No es posible

que la llamada revolución bolivariana haya reducido la miseria, tal y como lo publicita Hugo Chávez públicamente, y al mismo tiempo los índices de violencias se hayan incrementado en tan altos porcentajes. Es una paradoja que no le conviene a la épica revolucionaria.

Otra explicación posible la ofrece Roberto Briceño León, criminólogo, director del ovv: “El exceso de homicidios en Venezuela tiene que ser explicado por factores políticos e institucionales; pero sin duda que el lenguaje presidencial, de elogio de la violencia y de los violentos, estimula la inseguridad.” Ciertamente, es probable que ningún otro país de América Latina tenga, como Venezuela, una pugnacidad interna tan trepidante, unos niveles de crispación cotidiana tan altos. Es una temperatura que, voluntaria o involuntariamente, se ha venido promoviendo desde el poder. La naturaleza esencialmente militar de Hugo Chávez ha ido sudando y contagiando todas las esferas de la vida social. Nos encontramos ante un gobierno que está secuestrando y militarizando, cada vez más, los espacios y las experiencias públicas, civiles, ciudadanas. Existe en este proceso una organización, una distribución distinta de la violencia, que se desarrolla con maneras supuestamente ajustadas al derecho, pero que también amenaza y agrede las libertades del otro. Ya se sabe: la legalidad de un Estado puede ser tan implacable y brutal como un balazo.

En los últimos meses, Chávez se ha dedicado a tomar, amparado en la fuerza del Estado y de las instituciones, aquello que no pudo obtener por la vía electoral. Usando distintos vericuetos legales, el gobierno ha ido imponiéndole al país el proyecto de Constitución que el mismo país rechazó en el referendo de 2007. De igual forma, ha iniciado un ataque frontal contra cualquier forma de diversidad pública. Han sido despojadas de casi todo poder las entidades federales que fueron ganadas por la oposición en las elecciones de noviembre de 2008. El caso más emblemático, y también más patético, es el de Antonio Ledezma,

alcalde del Distrito Metropolitano de Caracas, a quien, por vía de una decisión de la Asamblea Nacional, se le eliminó del cargo, creando de inmediato una nueva figura cuyo funcionario debe ser designado directamente por el presidente de la República. Es un procedimiento perverso que metaboliza las formas de exclusión y pretende desconocer descaradamente a –por lo menos– los cinco millones de venezolanos que rechazaron la propuesta de reforma y votaron por los políticos de la oposición. La arremetida ha incluido también procesos judiciales viciados en contra de líderes fundamentales que se oponen al gobierno, como Manuel Rosales, alcalde de Maracaibo, y el general Raúl Isaías Baduel, ex ministro de la Defensa y compadre de Chávez. El primero se encuentra en la clandestinidad, o fuera del país. El segundo ha sido detenido y está en prisión, esperando un juicio. La revolución está dejando de vivir de la esperanza para comenzar a vivir del miedo.

El discurso oficial, además, no esconde estas intenciones. También forma parte del lenguaje castrense, de guerra, que desde hace años se ha instalado en el país. Todo este movimiento, donde el Estado se ha convertido en un ejército enemigo que acorrara a un grupo de ciudadanos, ha sido denominado “la ofensiva revolucionaria”. La explicación más potable parece encontrarse en el afán de un gobierno dominado por los militares: el guión es una estrategia de batalla, el plan de campaña de aquel que desea “pulverizar” al enemigo, antes de que lo alcancen las consecuencias económicas de estos tiempos de barriles flacos.

La violencia está en todos lados. Es nuestro clima. Vivimos siempre a punto de. Con la rara sensación de que las formas ya no existen, de que ya nada es seguro. En cualquier momento algo puede estallar.

“Estamos haciendo nuestro trabajo –dijeron los vecinos del barrio La Matanza, cuando impidieron que la policía interviniera en el linchamiento–. Váyanse de aquí.” –

– ALBERTO BARRERA TYSZKA

LITERATURA

LA MIRADA DE JOSÉ DE LA COLINA

Uno de los relatos orales más conmovedores entre los que cuenta José de la Colina narra cómo quiso ser uno de los protagonistas de *Los olvidados*, la película de su admirado Luis Buñuel, y fue a buscar al director de Calanda, que preparaba la filmación. Se presentó ante él; intercambiaron algunas palabras. Pero el tipo, la facha del muchacho no daban para el papel. Ni modo. A partir de entonces, De la Colina quedaría prendado de la figura del cineasta; ambos trabaron una amistad fuerte, armaron –formando un trío formidable con el querido Tomás Pérez Turrent– un libro de entrevistas único, por su conocimiento y su calor, y Pepe, como todo el mundo lo llama, comenzaría entonces una serie muy afortunada de evocaciones fieles del modo de hablar y de mirar, sobre todo de mirar tal vez, de don Luis. Una mirada tan vigorosa, encendida, como azorada, segura, interrogante, cálida también. La voz: grave, quizás un poco ronca, que caía como truenos por sus luces y su fuerza delante de los otros.

La mirada. En la buena colección SepSetentas, entre muchos otros títulos sobre las materias más diversas, apareció un día *Miradas al cine* de José de la Colina. Recuerdo su lectura, es decir, mi lectura. Me encantó, o más precisamente: me sedujo, la escritura, no porque desconociera aquella prosa singular, fluyente, fresca como el agua que pule las piedras del río. Allí estaba el crítico que tantos lectores andábamos buscando (uno tiende a pensar que uno piensa como deben pensar los demás). Inteligente, erudito sin alarde, este crítico daba en el blanco. Probaba que la gran escritura crítica es la que hace coincidir la altura de la prosa con los vuelos de un discurso intelectual tan riguroso como imaginativo. Todo fluye en aquella escritura, que trota, galopa, se encarrera y nunca se desboca. Allí estaba el crítico que disfrutaba lo



Nuestro hombre en Esmóxico City.

mismo las películas de Ingmar Bergman que las de Jerry Lewis: las comprendía, las interpretaba, y las imaginaba también. No sé ahora las fechas precisas pero me acuerdo de que por aquel tiempo, un poco después, corrí a ver la versión fílmica de “La lucha con la pantera”, un cuento de De la Colina. Salí del cine con sensaciones encontradas: la película me pareció de lo más fallida, al tiempo que no podía alejar la imagen de una muchacha (me parece que la actriz Rocío Brambila) con su inevitable minifalda y sus calcetas perturbadoras.

Pero José de la Colina no se ha visto a sí mismo como un crítico cinematográfico. Tiene sus razones: fascinado por el cine (desde el acto mismo de ingresar en la sala a oscuras hasta la desaparición de los últimos créditos en pantalla), no pudo más que ponerse a practicar desde el comienzo la que sería su real seducción: la literatura. Divaga, mucho más que analizar. Navega a menudo trasponiendo las coordenadas de una brújula que sorpresivamente y sin falta lo llevan a buen puerto. Las películas, como los cuentos o las novelas o los poemas también, son puntos de partida. Se trata del hecho milagroso de imaginar, en primer término. Comienzan entonces aquellas divagaciones/navegaciones cuyo fin será siempre imprevisible. Encantado por Scherezada, De la Colina, gran escritor que es, ha hallado

en el arte de contar una razón de ser. De ahí su admiración a escritores de menor reconocimiento del que merecen, en los días que corren, como el campechano Juan de la Cabada o el californiano hijo de armenio William Saroyan.

Por el cine, muy joven De la Colina comenzó su trayecto en el oficio periodístico. Escribió numerosos ensayos, notas críticas. Su generación, como se sabe, tendió una nueva mirada al cine (Pérez Turrent, Salvador Elizondo, Jomí García Ascot, Emilio García Riera, Carlos Monsiváis, José Luis González de León, Gabriel Ramírez). Aquella mirada suponía la literatura (sobre todo la narración, pero también la poesía). El periodismo fue, pues, el sitio natural de aquellos jóvenes de entonces. De la Colina se estableció allí de manera apasionada y lúcida, muchas veces brillante. Lo ha hecho en dos vertientes: como hacedor de publicaciones y como colaborador asiduo, irremplazable y de lujo. Tal vez sea De la Colina el autor de la mayor cantidad de cuartillas en el país durante las décadas recientes. Pero claramente no se trata aquí de un asunto numérico. Lo que cuenta es la calidad, el brillo de sus textos: comentarios pequeños de saética contundencia, ensayos fulgurantes, traducciones a más de fieles también creadoras, cuentos perfectos, inclusive bien estructuradas novelas por entregas. Si el periodismo le ha dado medios para vivir, a De la Colina la literatura a diario le da vida. Lee sin parar y vertiginosamente sin que nada se le escape. Una vez, por ejemplo, me parece que en el *Diorama de la Cultura*, llegó la urgencia de publicar un texto acerca de *Terra nostra*, la kilométrica y magnífica novela de Carlos Fuentes. De la Colina leyó la obra en unas horas y entregó a la redacción de aquel suplemento un artículo también magnífico al día siguiente.

Alejandro Rossi se ha referido al oído de José de la Colina. Es un apunte exacto. En este oído parece hallarse la cifra de esta escritura, y también de su oficio periodístico. A diferencia de otros autores, de Ricardo Garibay, por ejemplo, que son capaces de oír a la

perfección para reproducir vocablos y cadencias del habla, De la Colina despliega este sentido para dar con el ritmo, la música de las palabras, las frases, los párrafos, las páginas perfectas. En las redacciones en que ha estado una condición ha prevalecido: el amor, el sentido del idioma. Inútil presentarse allí si se carece al menos del gusto, una cierta intuición.

Empezó muy joven su vida en la literatura. De aquel 1955 en que publicó los *Cuentos para vencer a la muerte* (título que da precisamente con el tono de su biografía) a la aparición hace unos años de *Traer a cuento* (en el Fondo de Cultura Económica, que reparó entonces una dilatada y más que absurda injusticia), De la Colina ha escrito varias de las mejores páginas que se han escrito en el país y muy probablemente en lengua española. Y prosigue trabajando, iluminando cada domingo las páginas de un diario de nuestra Esmóxico City, como él llama a la doliente capital. —

— JUAN JOSÉ REYES

AL VOLANTE AVENIDA LAS TORRES

Me estaciono en un subterráneo que no suelo frecuentar. Al salir, una serpiente de lámina infinita me amenaza. Paso treinta minutos al calce del coche de enfrente y arrimada a los de junto. No tengo prisa pero sí ganas de llegar a mi casa. Después de varios conatos de choque, logro escapar del circuito de metal caliente. Bajo por una rampa pronunciada en cuyo final hay un agujero al más allá, y caigo.

No consigo seguir de frente, ni dar vuelta en dirección contraria; lo que resta por hacer en el más allá es bordear las zanjas y girar a la derecha. Hacia la derecha, creo, está la avenida aquella que puede acercarme. Doy vuelta. Me encuentro detrás de un conglomerado verde de la Ruta 1. Calculo que mi coche es dos veces y media menor que ese monstruo con la piel rajada. Sigo.

La avenida se estrecha como todas las anteriores; vamos los humeantes hacia un embudo con luces alrededor: conos de hule anaranjado que marcan la distancia justa para no caer en un vado que nos saque el aire de las llantas, o resquebraje la suspensión de nuestros chasis. Sigo. Pienso que hago lo indicado: continuar y buscar una señal verde que diga Taxqueña. Veo una y no lo dice, la siguiente tiene una lona negra encima. No puedo leerla. Acelero, me acerco al cristal porque ya no sé si la miopía me traiciona y en realidad estoy en una avenida que conozco. El cristal tiene una costra de aceite y polvo: es el resto de la lluvia que se secó, la porquería que nos llueve. Leo palabras que no entiendo, referencias a sitios lejanos o nunca escuchados. Me detengo. Bajo el cristal que me protege y le pregunto al conductor de junto, tan cerca de mí que percibo su aliento: ¿Hacia Taxqueña? Siga derecho y dé vuelta en avenida Las Torres, luego va a llegar a Osa Menor y ahí se sigue de frente. ¿En Osa Menor de frente? Sí, me responde con una sonrisa.

Hago lo que me dijo. Viro hacia la derecha y veo, al fondo de la avenida, un par de luces de fuego que vienen hacia mí: sentido contrario. Doy media vuelta sobre mis propios ejes. Le pregunto referencias a un hombre delgado que espera algo frente a una puerta descomunal: Siga de frente, me dice: Taxqueña está hacia el otro lado, dé vuelta en la segunda vertiente. Le hago caso.



"Un río de cauce seco."

Una voz dice que los chocorrolos Marinela salieron a la calle. No entiendo. Busco música clásica para ver si me serena y no: encuentro un chelo tocado con rabia.

Cuando cruzo la segunda vertiente, caigo a una zanja y el golpe me rebota en la espalda. No puedo seguir de frente porque hay un tráiler atravesado. Me voy por donde puedo: la izquierda. Intento encontrar la Osa Menor, pero no tengo suerte. En la intentona, veo el fondo del camino vacío y algún deseo de soledad me arrastra hacia allí. Entonces, topo con la lateral del circuito que podría haberme llevado a mi casa si no fuera ahora, otra vez, un río de cauce seco. Alguien dice que no habrá agua y tengo sed.

Decido tomar el circuito aunque sea en dirección contraria. Es una avenida que conozco y que me da tranquilidad. Recorro dos o tres kilómetros hasta que logro pasar del otro lado —no sé bien por qué artes pero creo que levanté el coche del suelo. En el salto, un avión descomunal me despeina. Miro a los lados y me quedo pasmada: el río es profundo, en su base varios hombres pequeños se afanan, llevan cascos y chalecos fosforescentes.

Voy ya rumbo al sur. Para confirmar mi ubicación, le hago señas al conductor de junto: lleva la ventana cerrada. Me pregunta con gestos qué quiero, le hago entender de la misma manera que baje el vidrio. Me responde que no. Y vuelve a mirar al frente. Para ese hombre yo soy el enemigo y cada mañana aborda una tanqueta. Un ciudadano promedio; un habitante promedio de este reino.

Confío en el Sur.

La música del coche aledaño, a cargo de un nuevo compañero, me distrae: lo observo, lleva un vaso de unicelel donde sorbe algo de cuando en cuando, sacude la cabeza con suavidad, mira su celular y pica los botones, disfruta ese momento, arriba de su coche hay una fiesta.

Cuando logro tomar avenida Las Torres y admiro las estructuras de luz al centro, que parecen *eiffelles* de alambre galvanizado, ya ha pasado una hora desde que salí del estacionamiento sub-

terráneo. No voy a llorar, me digo; las torres deben llevar luz a alguna parte. De pronto, un olor intenso invade mi coche: azufre. Saludo al diablo que organizó este reino, con sus subterráneos y sus grietas. Me sumerjo, les hago reverencias a los antiguos habitantes del subsuelo acuoso y abro la ventana. Escucho el rugido de un tigre.

Una voz pudiente dice que acaban de apresar a la Tigresa en Chiapas, la acusan de estafa por algo del Teatro Fru Fru; siempre me gustó ver la fachada del Fru Fru, esa jaula de oro. Tras oír la noticia descubro mis pies cubiertos de lodo, entonces me deslumbra el brillo de un letrero, arrugo los ojos, leo: Río de l-a P-i-e-d-a-d. —

— DANIELA TARAZONA

LITERATURA EL HERMANO MENOR

El calendario no miente. Se han cumplido ya veinte años de la muerte de Sándor Márai y el eco de la entrada escueta y directa del 15 de enero de 1989 que el novelista apuntó en su diario sigue cruzando el desierto: "Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora." Unas semanas más tarde, en su casa de San Diego, se pegó un tiro en la cabeza. Desde entonces el mundo ha cambiado en todo y casi nada. Es distinto y es el mismo, irreconocible e invariable a la vez. Para llevar el registro escrito de esos cambios, que lo mismo operan en el exterior que al interior de la multitud de vidas que se alojan en cualquier individuo, se necesita algo más que una paciencia oriental ante el ineluctable y a ratos desesperante paso del tiempo; se requiere el tipo de lucidez valiente e irrenunciable que poseía Márai y que, vertida sin apenas filtros en sus diarios y novelas autobiográficas, sirvió al escritor como puente entre el carnaval de los dramas personales y ese cataclismo universal que fue el siglo XX.



Sándor Márai, custodio del humanismo europeo.

No tendría demasiado caso hablar aquí del estado que guardaba la cultura centroeuropea hacia el año 1900 y de cuanto ocurrió después, sin repetir los tópicos y lugares comunes del archiconocido asunto. Menos cuando se trata de Márai. Basta decir que el mundo que lo alumbró fue el mismo que el de otros grandes escritores centroeuropeos, en esencia aquel *mundo de ayer* que retrata impecable e implacablemente Stefan Zweig. Si se quisiera obtener una toma más concentrada de la vida en Kassa, la pequeña y liberal ciudad de provincias a ratos húngara y otras eslovaca donde nació Márai, con regresar a la libre y hanseática Lübeck de *Los Buddenbrook* se cumpliría el propósito. De hecho, hasta antes del exilio la vida de Márai siguió el guión inconfundible de la desfalleciente burguesía europea. Su entorno emocional e intelectual es el de la novela de Thomas Mann. Su periplo es semejante al de una generación inmediatamente posterior. Apenas cumplida la mayoría de edad, Márai también aparece fatigando las aceras de Berlín, París, Viena y Londres, ciudades que llegará a conocer como la palma de su mano y en las que se inicia como periodista liberal e intelectual

ferreamente europeo, dos oficios que en los años de entreguerras, los mismos de aquel *Long Week-End* de Robert Graves y Alan Hodge, se hallan en franca extinción. No sabemos si las cosas ocurrieron tal y como el propio Márai las relata en sus excepcionales *Confesiones de un burgués*. Probablemente no. Pero lo cierto es que al redactar sus artículos y notas en la mesa de algún café literario —“esos laboratorios de la soledad”— y aprehender con ello el espíritu de una época en que las almas sufrían atormentadas y las revoluciones, lideradas por pequeñas y disciplinadas facciones, ocurrían sin que casi nadie se diera cuenta y con un corte preciso en las líneas telefónicas de los cuarteles de policía, el joven Márai adquirió una de las más aptas y agudas punterías del siglo. Sirva de ejemplo este pasaje de una crónica suya escrita en 1933, “El Mesías en el Palacio de los Deportes”: “Órdenes breves, brutales, desde todas las direcciones. Tono cuartelero que todos los oídos absorben con placer. A las ocho y media en punto el altavoz brama: ‘¡Heil!’ Al escuchar esos bramidos comprendo repentinamente el éxito de los nazis. Sólo los derviches y las personas mortalmente desesperadas braman de ese modo.”

En 1935 Márai recibió en Budapest a Thomas Mann, su preceptor espiritual y hermano mayor en la custodia del último humanismo europeo que en ese momento se encuentra bajo un feroz asedio. Ambos aparecen saludándose en una fotografía extraordinaria que también puede ser vista como la imagen de una despedida. Poco tiempo después, acosado por el desánimo y la depresión, en su segunda novela autobiográfica, *¡Tierra, tierra!*, Márai renegará de las “sociedades de consumo postindustrial” al culparlas de mantener a las masas humanas en un estado anímico infantil mediante la tecnificación, al igual que el socialismo real lo hacía echando mano del terror.

Desesperado ante la abrumadora ocupación soviética y deseoso de hallar la liberación dentro de sí, quien fuera un orgulloso representante de la burguesía liberal centroeuropea no se reconoce

más en ese espacio cultural y en 1948 parte hacia el exilio definitivo. La primera escala es Ginebra. Siguió Nápoles y Nueva York, donde el escritor inició su larga trashumancia americana y una prolongada reclusión con la cual quedaba de manifiesto la ruptura que se estaba produciendo en lo más hondo de sí mismo. Si bien era un personaje conocido entre los exiliados húngaros, se rehusó a asistir a actos oficiales y jamás procuró los círculos sociales ni literarios de Estados Unidos. Se volvió un fantasma y esta mutación alcanzó, naturalmente, las fibras más íntimas de su escritura. De hecho, para este gran fabulador de su propia vida fue notorio, a partir de ese momento, que no habría más confusión entre ficción y hechos, entre literatura y biografía. La redacción de sus diarios se intensifica en el exilio, y con este la rabia y la agudeza crecientes de un Sándor Márai desconocido. En su caso, resulta perfectamente aplicable lo dicho por Juan Villoro respecto a quien practica el elusivo género: “ese cambiante registro no muestra lo que es, sino aquello en lo que se está convirtiendo”.

Ciertamente, en el último tramo el recorrido vital de Márai se ensancha hacia todas direcciones. Posee aún una fuerte curiosidad ante lo que ocurre a su alrededor. Su desánimo no evita que, con más de ochenta y cinco años encima, permanezca atento y consigne lecturas y relecturas, desastres naturales y cambios sociales —el terremoto del 85 en México, la irrupción de los *homeless* en las calles de Estados Unidos, el lento pero irreversible deshielo del Este. Pero quizá más conmovedora y perturbadora que su muerte por propia mano es la ejemplar entereza con que afrontó la vejez y la enfermedad.

Ahí está su propio testimonio. En la hora final, Márai supo que no hay aprendizaje ni Montaigne que sirvan; que hay un momento en el cual la vida y la muerte valen lo mismo, a condición de haber mirado de frente a ambas sin vanidad ni temores; que, extrañamente, a los ochenta y nueve todo final es también un comienzo. —

— BRUNO H. PICHÉ

MÚSICA

LA MUERTE MORAL DEL HIP HOP

El rap ha muerto y, en su lugar, la Happy White Boy Music se ha convertido en el género norteamericano por antonomasia. Con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, la minoría afroamericana se ha empoderado y el hip hop, que en la administración de Bush se convirtió en el género más exitoso de la industria discográfica, ha dejado de representar a los “hermanos” para devenir en simulacro de supuesta marginalidad. Léase Flavor Flav. Léase Kanye West. Léase, sobre todo, Nas, quien anticipó el deceso al estrenar *Hip Hop Is Dead*, su tercer disco, con el que ha logrado trepar en las listas Billboard. La aseveración, sin embargo, no es suya: André 3000, de OutKast, la hizo en 2001 en los versos del sencillo “Funkin’ around”. Pero aseverarlo en el contexto de una crisis económica y tras la victoria del primer presidente afroamericano radicaliza sus consecuencias: evidencia la flacidez de buena parte de los estrenos discográficos recientes.

Un ejemplo: *Theater of the Mind*, de Ludacris, es una producción peripatética que satisface los requisitos para convertirse en un elepé comercial inmediato. Sin embargo, no se sostiene si se le escucha sencillo por sencillo; es decir, sin el montón de colaboraciones anodinas, sobreproducciones esponjosas y éxitos dulzones. El rapero polemizó durante la reciente campaña electoral al componer “Politics (Obama is here)”, pieza en la que critica lo mismo a Bush que al ex candidato republicano a la presidencia. La crítica, empero, es escandalosamente cursi (“McCain don’t belong in any chair unless he’s paralyzed”) y melindrosamente predecible (“Bush is mentally handicapped”). Más importante, esta canción no está incluida en *Theater of the Mind*, que, por el contrario, se regodea en ese aparatoso aliento épico que lo hace un ejemplo característico de la muerte moral del género. En el disco colaboran

muchos de los protagonistas del *mainsstream* de la cultura afroamericana: Lil’ Wayne, Chris Rock, Nas, Jay-Z y hasta el actor Jamie Foxx y el cineasta Spike Lee. Al igual que el sobrevalorado *The Carter III*, de Lil’ Wayne, *Theater of the Mind* ejemplifica los modos en que el hip hop se ha convertido en un mero espectáculo lucrativo que favorece la lógica cultural del Estado-mercado.

La Happy White Boy Music, por otra parte, es la rebelión de la música alternativa ante el desmoronamiento de las clases medias estadounidenses. Rebelión que, sin embargo, resulta inofensiva porque pretende recrear un efecto de marginalidad individualista y pasional, y por ende acorde al espíritu *laissez faire* de la modernidad. MGMT y Vampire Weekend son ejemplos de esta corriente, sucesora del denominado *post punk revival* de The Killers o The Strokes, e incluso del eclecticismo pop de una horda variopinta que va de Modest Mouse a The Shins. Se trata de ejemplos apoteósicos de la lógica cultural de la turbocapitalización: música en la que se articula una sedición “sofisticada” y jamás radical, una sedición de lo alternativo “fresa”.

Esta estética ha sido parida entre el fracaso de las contraculturas. Sus consumidores son su propia descendencia: los hijos de los *hippies*, los hijos de los *beats*, los hijos de los hijos de la flor que reculan ante su libertad heredada. Cualquier atisbo de emancipación

aterra en cuanto implica consecuencias reales. De ahí el éxito de estos grupos, así como de buena parte del pop alternativo, ahora devenido, inevitablemente, gimoteo. “No quiero ser un hombre malo/ Sólo soy un hombre solitario”, advierte Scissor Sisters en su sencillo “I can’t decide”, que celebra, como el título lo indica, su parálisis.

La Happy White Boy Music acapara, si no los primeros lugares de las listas Billboard, los escaparates de una generación que exige un paradigma acorde a su flacidez: MTV, Urban Outfitters, el iPod, dispositivos que estimulan la disidencia legítima, es decir, lo que se revela alternativo pero lo suficientemente *hype*, *cool* o *dope* (¿chido?) para no alterar el orden de mercado.

Un último ejemplo: Cold War Kids, en su disco *Loyalty to Loyalty* (2008), se resigna ante esta orfandad política. En el sencillo homónimo el vocalista asegura “algo no está bien en mí/ pero ¿cómo se supone que sabría?”. Y es que la Happy White Boy Music encarna el deseo de rebelarse ante el mercado, o ante el Simulacro de Poder, pero se inmoviliza sin poder reconocer ante qué objeto rebelarse. Esta inmovilidad es censura blanda, represión convenida en los terrenos aparentemente ingenuos de la estética pop. La lucha por la hegemonía concluye cuando su música se apropia de una actitud (lo *hype*, lo *dope*) “espontáneamente” apolítica. —

— JUAN CARLOS REYNA



MGMT o la apoteosis de la Happy White Boy Music.

LAS TINIEBLAS ROSAS DEL CORAZÓN



Foto: EFE

Murió la señora. Se terminó esa maquila de novelas cortas de argumentos variables pero de ánimo prácticamente idéntico. Sin duda se echará en falta la entrega semanal, la narrativa de mujeres liberadas pero siempre en pos del amor perfecto. Quedamos huérfanos de finales felices. Lo que creo verdaderamente lamentable es, sin embargo, que con la muerte de Corín Tellado se hunde un proyecto literario. Accidental, sin duda, pero un proyecto literario: quizá la última de nuestras comedias humanas, el último intento por penetrar en las tinieblas de nuestra cursilería.

Impresiona no sólo la magnitud de su proyecto —los obituarios mencionan más de cuatro mil novelas; el Ministerio de Cultura español, en su registro de libros, asigna más de ochocientos títulos a su nombre. Asombra la constancia, la capacidad de enfoque: Madame Tellado le dictaba cada martes a su nuera otra más de sus arremetidas tras los misterios de las afectaciones del embeleso adulto. Y lo hizo con una de las estrategias más modernas: prescindió de lo único, de lo exclusivo, para concentrarse en la repetición, en la sorda y semanal repetición. Importaba muy poco decir algo nuevo, algo trascendental. Lo fundamental era llevar las posibilidades y las minucias hasta el extremo, al agotamiento. A fuerza de cotidianidades y eufemismos cándidos —la mejor respuesta a la censura franquista, a la mojigatería eclesial y a un público ávido de fingirse inocente— Corín Tellado fue compilando la gramática, la enciclopedia de la sensiblería moderna.

Murió esta menuda Balzac en bata de terlenka y lentes entintados. Queda inconcluso, como es de esperarse, su fortuito empeño literario. Una mirada a las estanterías de los quioscos aeroportuarios, el lugar donde el hombre moderno encuentra su vocación lectora, basta para saber que el impulso no está perdido: otras, otros vendrán en su nombre a describirnos los inagotables pliegues de ese corazón de terciopelo rosado. —

— PABLO DUARTE

TEXICAN WHOPPER



Foto: Detalle del cartel publicitario de Burger King

Entre las múltiples notas sobre la heroica guerra del embajador mexicano en Madrid, Jorge Zermeño, contra la hamburguesa Texican Whopper por usar en su publicidad a un luchador enmascarado ataviado con el sagrado lábaro patrio al lado de un cowboy del doble de tamaño —milagros de Photoshop—, descubro que nadie ha glosado sus ingredientes. Me parece un dato importante. La hamburguesa Texican Whopper de Burger King es una combinación de salsa cajún, de la cocina creole de Nueva Orleans; queso cheddar, frente al que Orwell se permitía uno de sus escasos alardes chovinistas, pan de sésamo y, el ingrediente que le da parte de su nombre, taco de carne con frijoles. Se entiende que dentro de la hamburguesa. Cajún, cheddar, sésamo y carne con frijoles, en versión local de comida rápida, más, supongo, los ingredientes de una hamburguesa. El catsup es opcional.

Sólo unos días después de que la agencia de publicidad Crispin Porter + Bogusky, con sede en Miami, Florida, responsable de la campaña creativa de la Texican Whopper, diera a conocer su imperdonable afrenta al honor mexicano, en el pueblo tlaxcalteca de Muñoz de Domingo Arenas, antes conocido como Zacatepec, la señora María Eva Lozada reportó que en su local de hamburguesas, sí, hamburguesas tlaxcaltecas, ¿con salsa cajún serían texcaltecas?, se había aparecido, justamente a la entrada, el rostro de Nuestro Señor Jesucristo. Desde ese día se cuentan por miles los vecinos del pueblo, y de pueblos cercanos, que se han acercado a ver a este Cristo Negro de las Hamburguesas. La culpa es de los tlaxcaltecas.

En 2008 la agencia Crispin Porter + Bogusky obtuvo el merecido reconocimiento como la agencia de publicidad del año en Estados Unidos, entre otras pinceladas de genialidad por su campaña para Burger King, de la que la Texican Whopper es sólo un avatar tardío. En palabras del director de la agencia y uno de sus socios, el señor Alex Bogusky: “Nuestra historia se basa en tomar cosas que parecen no tener posibilidades y hacerlas tener.” —

— RICARDO CAYUELA GALLY

POEMA FALLIDO



— JIS

POÉTICAS MUNICIPALES

Hace unos meses, en una reseña, Víctor Manuel Mendiola dio su lúcida sentencia sobre el espíritu de este tiempo en materia poética: “Los nuevos poetas de México desean ‘argentinar’ o ‘peruanizar’ a nuestra poesía.”

Desde entonces, he estado dándole vueltas al asunto, buscando la manera de alinearme con esta premisa de las nuevas generaciones o bien radicalizarme a favor de nuestra poesía (en adelante NP) para mantenerla a salvo del complot cono-sureño. Pero ni he logrado encontrar a NP ni termino de entender cómo se “peruanizan” las cosas. Desesperado ya, he decidido consultar a los “tutores” que el reseñista señala como culpables últimos de esta tendencia: esos argentinos y uruguayos “que viven en México [y] tienen la falsa pretensión de haber enriquecido las lecturas mexicanas”. (Como todo mundo sabe, los argentinos “argentinizan”, mientras que los uruguayos son expertos en “peruanizaciones”).

Para colmo, me entero de que tampoco NP es una misma en todas partes, sino que, según un ensayo del estudioso Alí Calderón, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, se divide en parcelas que respetan la jurisdicción de los municipios, de forma que puede rastrearse una “prosa de Guadalajara” (categoría acuñada, ¡en serio!, por Calderón) y quizás incluso un “endecasílabo de Topolobampo”, por qué no.

En fin, que la municipalización de la lírica no tiene límite. — DANIEL SALDAÑA PARÍS

Unas horas antes de que este número de Letras Libres se fuera a imprenta, lo supimos: J.G. Ballard, el notable escritor británico de ciencia ficción, el notable escritor a secas, murió a los 78 años de edad. Como un rápido homenaje, previo al ensayo que le dedicaremos en la próxima edición, rescatamos aquí algunos fragmentos del “Credo” que publicó por primera vez en la revista francesa Science Fiction en febrero de 1984.

Creo en el poder de la imaginación para rehacer el mundo, para liberar la verdad que llevamos adentro, para sujetar la noche, para trascender la muerte, para hechizar las autopistas, para congraciarnos con los pájaros, para asegurarnos las confidencias de los locos.

Creo en mis propias obsesiones, en la belleza del choque de autos, en la paz del bosque sumergido, en las excitaciones de la playa de vacaciones desierta, en la elegancia de los cementerios de automóviles, en el misterio de los edificios para estacionamiento de coches, en la poesía de los hoteles abandonados.

Creo en la belleza de todas las mujeres, en la perfidia de sus imaginaciones, tan cercana a mi corazón; en la unión de sus cuerpos desencantados con los encantados rieles cromados de los mostradores de los supermercados; en su cálida tolerancia de mis propias perversiones.

Creo en la muerte del futuro, en el agotamiento del tiempo, en nuestra búsqueda de un tiempo nuevo dentro de las sonrisas de las camareras de las autopistas y de los ojos cansados de los controladores del tráfico aéreo en aeropuertos fuera de estación.

Creo en los órganos genitales de los grandes hombres y mujeres, en las posturas corporales de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y la princesa Di, en los dulces olores que emanan de sus labios mientras miran las cámaras del mundo entero.

Creo en la locura, en la verdad de lo inexplicable, en el sentido común de las piedras, en la demencia de las flores, en la enfermedad reservada para la raza humana por los astronautas de la misión Apolo.

Creo en nada.

Creo en Max Ernst, Delvaux, Dalí, Tiziano, Goya, Leonardo, Vermeer, Chirico, Magritte, Redon, Durero, Tanguy, el Facteur Cheval, las Torres de Watts, Bocklin, Francis Bacon, y todos los artistas invisibles encerrados en las instituciones psiquiátricas del planeta.

Creo en la imposibilidad de la existencia, en el humor de las montañas, en el disparate del electromagnetismo, en la farsa de la geometría, en la crueldad de la aritmética, en la intención asesina de la lógica. —